

**H**AY algo en que toda la izquierda oficial europea, la llamada izquierda responsable, parece hoy estar de acuerdo: en que un tipo de revolución y el consiguiente modelo político a que dio origen, la revolución de 1917 y el modelo bolchevique, quedan fuera de nuestro tiempo histórico. A horcajadas entre el siglo XIX y el XXI, entre la sociedad industrial y la sociedad posindustrial, el proceso revolucionario actual pasa, ciertamente, por otros meridianos. Se ha producido, pues, un corte que exige un replanteamiento de estrategias y tácticas. Otros son los tiempos, otros los caminos. Y del heroico asalto al Palacio de Invierno al precario alquiler del chaletillo del consenso, del socialismo en el poder a la alternativa de poder socialista, de la historia comprometida con la revolución a la revolución del compromiso histórico, esa izquierda que tantos ex presos ha perdido parece hoy querer montar —aunque en ocasiones a contrapié, eso sí— en los nuevos correos, con parada y fonda en todas las estaciones, de la "transición democrática al socialismo". Para ello, en distinto grado y con distintos matices según las diferentes circunstancias de cada área, pacta, negocia, pasillea, condena, renuncia, apoya a las mayorías en el poder y si llega el caso —como ha llegado— está incluso dispuesta a perder sus propias elecciones y a sacrificar los intereses de sus electores a los mucho más importantes —faltaría más— de la razón de Estado de la propia organización. Porque, para la organización, declaraciones aparte, aquella transición es siempre cosa suya. El resto es la competencia. Las leyes del mercado político son las leyes del mercado político: las leyes del mercado.

Pero ¿qué transición, a qué democracia y qué socialismo? ¿Qué significa hoy para esa izquierda, sí, el sustantivo socialismo y el calificativo democrático? ¿Y en qué medida la práctica electorocrática de aquellas organizaciones que hoy representan la opción socialista puede ser y es realmente medio para la transformación del mundo y de la vida, y no sólo instrumento para el poder como fin en sí mismo? ¿Hasta qué punto impugnan verdaderamente el poder del Estado burgués y no son ellas mismas su expresión? El modelo político y económico, el modelo democrático y de crecimiento que proponen, ¿resulta sustancialmente diferente al que combaten? En realidad, fuera de la cotidiana niebla de las palabras, ¿es que proponen algún modelo? Su práctica, ¿no implica la consideración del ciudadano como objeto de la política que otros hacen por él, en vez de como sujeto que la crea? ¿Hasta qué punto, en fin, su desahogado pragmatismo, al dinamitar día a día la tensión revolucionaria entre realidad y utopía, entre lo posible y lo deseable, no acaba por hacer suya idéntica racionalidad y semejante código de valores de aquello a lo que se enfrenta? Estas son las cuestiones que esa izquierda, probablemente acuciada por las urgencias del momento, acorralada quizá en

tre la espada del pasado y la pared del presente, ni evita con sus hechos ni sabe o puede responder con su teoría. Entre otras cosas, porque carece de ella. Como no se tenga la escandalosa pretensión de considerar el eurocomunismo como tal...

Pero lo malo es que la realidad diaria y los datos que la configuran apuntan cada vez más hacia una inquietante y paradójica situación: la de la equivalencia general. Pues si el avance gradual de la oposición ha de realizarse mediante el afianzamiento del antagonis-

## LA CRISIS DEL SOCIALISMO

Francisco Díez del Corral

ta, de forma tal que el progreso gradual de la primera pase por la estabilización progresiva del segundo, llegados al punto cero del proceso, el momento mismo en que la izquierda suplantara el poder en plaza coincidiría con el momento en que mayor estabilidad habría alcanzado el poder que se quiere suplantar. Con lo cual lo uno sería lo otro y lo otro, uno.

Política ficción aparte, la práctica consensual que define el quehacer de esa izquierda de la transición, algo así como la negociación permanente, se presenta más como decadencia que como renovación. Y hay que preguntarse si el "abandono de la revolución", lo que el izquierdismo despechado llama "derechismo", es causa o efecto, creador de una realidad o signo de otra. Porque podría ocurrir que lo que estuviera en crisis fuera el socialismo mismo. Más aún: que la crisis que atraviesa hoy el capitalismo y la crisis del socialismo sólo fueran la expresión de otra aún más profunda que las engloba y explica: la de la propia civilización industrial, patria común de ambos. Ya es sabido: a nuestro alrededor, todo se desmorona. Y cuando todo se desmorona, por la propia mecánica del derrumbamiento, los antagonistas tienden a nivelarse. Si esa civilización industrial que alumbra a mediados del siglo pasado hace hoy agua por todos los lados, el socialismo, su producto más noble y esclarecido, en la medida en que no invente y sólo revise o reforme, acabará convirtiéndose en la otra cara del orden. Desde esta perspectiva, la crisis del marxismo no es tanto la de su lógica interna como la del terreno mismo en que ésta se despliega: la racionalidad productiva y totalizadora

que configura el modelo cultural decimonónico. Modelo que establece una pirámide jerárquica causal y una concepción de la revolución como toma del poder por arriba que está hoy probablemente más cerca de la visión de orden que de la visión subversiva. Porque ello implica —entre otras cosas— la consideración del Estado, emanación superestructural de clase, como ente separado de la sociedad y por encima de ella. La política es así algo que parte del Estado y va al Estado. Es asunto suyo: la forma misma que su tutoría sobre la sociedad reviste.

Pero ni el Estado es ya autónomo respecto a la sociedad ni las relaciones entre ambos pueden definirse sin más como relaciones de infraestructura-superestructura. Por eso, toda oposición que se plantee exclusivamente en función del acceso al poder para dirigir desde el Estado y con el Estado la sociedad, sin una movilización cultural en profundidad que subvierta esta idea de "política" e impugne el orden establecido desde planos transpolíticos, ni en vigor va a tomarlo nunca —en el mejor de los casos, tomaría sólo el gobierno— ni en rigor va a cambiar la sociedad. Por lo demás, es claro que el poder político ya no puede considerarse únicamente como el poder de una clase para la opresión de otra, sino como expresión de oligarquías tecnoburocráticas-administrativas que perpetúan un sistema de dominación social no siempre ni directamente deducible de las estructuras de producción: lo económico no contiene ya en su totalidad lo social ni, por tanto, puede en su totalidad explicarlo. Para estas oligarquías, la democracia deja de ser un fin con arreglo a un proyecto moral para convertirse en un medio para esa perpetuación, en vacío discurso y muerta práctica de la representación.

De ahí que la política revolucionaria de nuestro tiempo no pueda resolverse con el solo expediente de una transferencia de poder, sino como una transformación de su propia praxis considerada no en función de la ocupación del Estado, sino en función de la ocupación de la sociedad. Los partidos políticos no serían así máquinas para gobernar, y máquinas dispuestas a sacrificar todo para gobernar, sino fábricas de concienciación social para el autogobierno e instrumentos de fermentación y coordinación de los movimientos sociales autónomos. Ciertamente, no está el horno para muchos bollos y es claro que, hoy por hoy, los sacerdotes del discurso de la representación no parecen muy dispuestos a replantearse, siquiera a largo plazo y como subproducto de su actividad, este nuevo radicalismo. Tan claro como que, aquí y allá, cada vez aparecen más signos de esa crisis que mina nuestra cultura y degrada también el proyecto político antaño liberador. ¿Es todavía posible que el "viejo topo" haga renacer siquiera la esperanza en las "mañanas que cantan"? En todo caso, una evidencia se impone cada día con más fuerza: no hay soluciones totales ni "hegemónicas", ni iglesias, ni mesías de ningún tipo que puedan representarlas. Por ahí se empieza. ■